

Tema 1. El desafío de la vida familiar

1. Oración inicial.



Aceptarnos en tu corazón, Señor, no es cedernos una pieza anónima en un hotel infinito; es introducirnos a tu comunidad y sentarnos a tu mesa. Es mirarnos a los ojos y dirigirnos la palabra, hallar gracia a tus ojos, es darnos vida con tu amor, no con una omnipotencia abstracta sino con el poder de tu amor, que es el poder de darnos vida al llamarnos por nuestro nombre al aceptarnos, al perdonarnos.

Al darnos tu gracia ya no somos desgraciados. Aceptar este tu don entraña, pues, no hacer desgraciado a nadie y dar gracia a quien vemos desgraciado. Porque ¿cómo podríamos vivir en paz en tu corazón si mantenemos cerrado el nuestro? ¿cómo podremos mirarte a los ojos si los desviamos de quien nos mira implorando?

Ayúdanos a escuchar tu palabra y meditarla en lo más profundo de nuestro corazón. Acompáñanos en este momento y enlaza nuestros corazones para recibirte como huésped y compañero de camino. Amén.

2. Hecho de vida.

Contestemos juntos las preguntas:

- ¿Qué ven y hacen los ciegos sin el sentido de la vista?
- ¿Cómo usamos y aprovechamos nosotros los ojos y la vista?
- En la vida familiar ¿hemos tenido momentos de ceguera? ¿y de mucha luz?
- ¿Tenemos claros los valores que, según el Evangelio, deben acompañar a una familia cristiana? ¿Nos quedamos sólo en los valores "naturales"?

3. Hablando con la Palabra de Dios.

Del Evangelio de Marcos (10, 46-52).

Llegaron a Jericó. Al salir Jesús de allí con sus discípulos y con bastante más gente, un limosnero ciego se encontraba a la orilla del camino. Se llamaba Bartimeo (hijo de Timeo). Al enterarse de que era Jesús de Nazaret el que pasaba, empezó a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!” Muchas personas trataban de hacerlo callar. Pero él gritaba con más fuerza: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”.

Jesús se detuvo y dijo: “Llámenlo”. Llamaron, pues, al ciego, diciéndole: “Vamos, levántate, que te está llamando”. Y él, arrojando su manto, se puso en pie de un salto y se acercó a Jesús. Jesús le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego respondió: “Maestro, que vea”. Entonces Jesús le dijo: “Puedes irte, tu fe te ha salvado”. Y al instante pudo ver y siguió a Jesús por el camino. **Palabra de Dios.**



Comentemos juntos:

- ¿Qué relación encontramos entre el ciego y los discípulos?
- ¿Cuál es la relación de Jesús y el ciego?
- ¿Qué luces vemos y cómo nos ilumina este mensaje de los ciegos?
- ¿No tendremos que gritarle algunas veces a Jesús, para que nos haga ver nuestra situación familiar y de pareja?

Para comprender mejor:

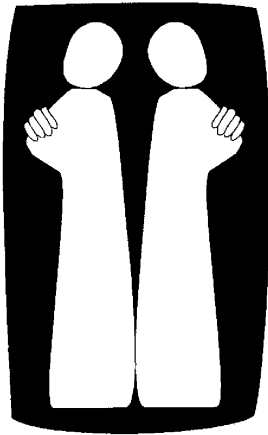
- El texto de Mc 8, 22-26 y 10,46-51 están enlazados para enmarcar el Camino de Galilea a Jerusalén. Los dos ciegos están en el camino: a uno “lo sacó fuera del pueblo” y el otro “estaba sentado a la orilla del camino”.
- En el camino de Jesús, las multitudes no han reconocido a Jesús, los fariseos y las autoridades no han visto la Señal y exigen ver señales, los discípulos no entienden, ni ven cuál es la levadura de los fariseos, ni ven el Pan vivo que está en medio de ellos: “¿Teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen?”
- Jesús en su propio caminar, con obras y palabras, enseñanzas e instrucciones les va abriendo los ojos a sus seguidores, iluminando el oscuro camino de la cruz, camino de muerte y vida.
- En el camino de la vida familiar, nos encontramos todos los días. Es el camino donde siempre nos sale Jesús, a quien debemos acudir frecuentemente para que nos dé la luz para caminar en la vida familiar.

4. Oración final.

Quien acepta, Señor, vivir en tu gracia, está al tanto de los designios de tu corazón. Ha tenido una experiencia de que tú quieres nuestra vida irrevocablemente, sabe que has puesto tu gloria en que vivamos y ha probado que vivir en plenitud es vivir contigo en tu corazón.

María halló gracia ante tus ojos, por eso se vio como tu esclava, pendiente sólo de tu palabra, y cuando vino tu Palabra a sus entrañas por obra de tu Santo Espíritu no se ensimismó en el misterio que en sus entrañas se hacía carne, sino que ahí mismo se fue a servir a la vieja Isabel y no sólo fue eficiente sino que su presencia hizo saltar de alegría hasta al niño Juan que la oyó en el vientre.

Tú quieres que seamos, Señor, como María de Nazaret, que al vivir en tu corazón, puso su corazón al ritmo del corazón del mundo, porque tu corazón no es la urbanización más exclusiva ni una torre de marfil, sino el lugar común de los encuentros donde todos cabemos con nuestro propio nombre y formando un solo pueblo. Amén.



5. Comentando con mi pareja “en casa”.

1. ¿Cuáles son los problemas principales de nuestras familias?
2. ¿Quién da las ordenes en casa? ¿Por quién se dejan mandar?
3. ¿Hasta dónde estamos en nuestra casa esclavizados al consumismo? Analizar en qué empleamos el dinero y en qué deseamos emplear aún más.
4. ¿Nos preocupamos de seguir creciendo en el amor matrimonial y familiar? ¿Hacemos algo para educarnos mejor en el amor?
5. Procuremos hacer una lista de nuestra jerarquía de valores: ¿qué es lo que de hecho estimamos más en la familia y qué, lo que menos estimamos?

6. Comprendiendo la realidad familiar.

Será útil comenzar recordando la realidad que hoy encontramos en la familia. Esta realidad es un **reto para nuestra fe**. Resulta que muchas veces a la familia tradicional se la ha considerado como modelo de familia "cristiana". Pero, si nos fijamos en ella detenidamente con la verdad de la humildad, veremos que estamos lejos del ideal cristiano. Esta humildad inicial nos ayudará a atender mejor el mensaje bíblico sobre la familia.

Si la teología ha tardado en considerar las realidades socio económicas como lugar donde vivir y practicar el mensaje bíblico, más está tardando aún en ver a la familia como el espacio privilegiado en el que se puede y se debe vivir el mensaje de la Biblia. Por lo general, al hablar de los valores familiares nos contentamos con valores puramente naturales. Parece como si en este aspecto la Biblia y, sobre todo, Jesús no tuvieran nada nuevo que añadir.

Es posible que la fe haya llegado poco a la familia en cuanto tal. Y es posible también que dentro de la familia tradicional hayamos considerado como valores cristianos a realidades que quizás no son cristianas.

Aun a riesgo de recargar un poco las tintas, resultará útil comenzar fijando la mirada en ciertos aspectos negativos, que servirán como telón de fondo para hacer resaltar más nítidamente el mensaje bíblico.

En la familia tradicional muchas veces el **padre** hace de **patrón** indiscutible. La dirección y las decisiones están sólo en sus manos. El poder del padre de familia a veces llega a ser prácticamente absoluto sobre la mujer, los hijos, la casa y los bienes. Y en la vida pública, la mayoría de las veces sólo él se siente llamado al prestigio y al poder.

Prácticamente en todos nuestros ambientes populares la esposa tiene a veces una condición equivalente a la de una menor de edad, sólo que la patria potestad sobre ella la ejerce el marido y no el padre. Debe subordinarse al marido, admitiendo sus órdenes y tolerando, si es preciso, sus arbitrariedades y abusos.

No hay apenas condiciones para el diálogo. El padre de familia se siente llamado a ser duro, sin acceder a blanduras "femeninas". Piensa que no debe manifestar sus sentimientos más íntimos; no debe rebajar su autoridad, dando razón a los hijos o rebajándose a dialogar con ellos de igual a igual; no debe perder nunca la primacía en todo, aunque realmente no la tenga.

La mujer, en cambio, piensa que no debe abandonar jamás su natural posición de inferioridad y obediencia. Los hijos, aunque hoy estén más preparados y tengan planteamientos nuevos, deben callar y transigir; son menores perpetuos, a los que se pide obediencia total.

Así resulta que la familia se convierte de hecho en cimiento de una sociedad represiva, ya que el mundo en que vivimos está organizado de acuerdo a un hecho fundamental: la desigualdad. Desde este tipo de familia es posible la existencia de este orden sociopolítico y cultural que beneficia a una minoría y oprime a casi todos. Ello se justifica ya desde la infancia, pues ese aprendizaje de la desigualdad como algo irremediable lo recibe el niño a través de los padres. Si los padres hacen suya la ideología del orden establecido, esa sociedad tiene asegurada su reproducción, pero una reproducción donde la desigualdad y la opresión serán signos característicos.

Se ha dicho, y con razón, que la familia es base y célula de la sociedad. ¿Pero de qué tipo de sociedad? ¿De la cristiana? Si sólo el padre tiene el poder y la madre se muestra inferior, junto con los hijos, entonces la educación será opresiva y los hijos saldrán amaestrados para encajar

sumisos las injusticias de siempre. Están acostumbrados a que uno solo es el que da las órdenes y el que maneja la plata.

Afortunadamente también existen familias solidarias, abiertas a los problemas de los demás, pero en muchos casos las familias viven sus problemas de espaldas a la sociedad, encerradas en la realidad exclusiva de los miembros que la componen, sin proyección hacia fuera y sin responsabilidades públicas. Se piensa que la familia debe funcionar como algo privado, independiente, donde no deben llegar los conflictos de la sociedad. Se piensa con frecuencia que dedicarse a transformar la sociedad no es tarea de la familia. Los compromisos suelen ser sólo a escala personal

Otro dato importante: La familia actual cada vez está más atrapada por el **consumismo**. Una buena parte de los ingresos familiares se destina a gastos superfluos, aun a costa de pasar necesidad en los rubros básicos de alimentación, vivienda o educación. Se vive al ritmo de la propaganda.

Así resulta que la familia cada vez es más reaccionaria, porque se presenta tanto más feliz cuanto más consume, cuanto más tiene, y resulta que, para conseguir este fin, se doblega ciegamente al trabajo. Esta sumisión indica su conformidad total con la sociedad actual, su no disposición al cambio y, por tanto, su aprobación de la desigualdad y el privilegio. El ideal es tener más que los demás, generalmente sin importar mucho los medios.

Esta actitud resulta también real en la mayoría de las familias pobres. El no poder consumir al ritmo de la propaganda lo consideran ya como una desgracia, lo cual origina frustración y conflictos al no poder satisfacer las necesidades superfluas, siempre crecientes, de sus miembros. Desesperadamente se lucha por entrar en la cultura del tener y del competir.

Otro lastre que acarrea la familia, ya desde muy lejos, es una visión poco humana de la **sexualidad**. Proveniente de épocas pasadas, sobrevive entre nosotros una represión social de las manifestaciones de la sexualidad. Y al mismo tiempo, los medios de comunicación exponen públicamente una sexualidad superficial, muy comercializada. Junto a un ocultamiento de la sexualidad, que encierra la idea de que lo sexual es pecaminoso, hay exhibición pornográfica de la relación sexual.

En los sectores populares se mantiene una gran ignorancia acerca de la sexualidad humana. Se desconocen los mecanismos biológicos y sus repercusiones físicas y psicológicas... Se tiene miedo a conocer. La sexualidad se queda frecuentemente a nivel de instinto; no se quiere desvelar su misterio humano y religioso. Con frecuencia se dan resistencias en contra de una sana educación sexual y más aún a tratar el tema desde el punto de vista religioso.

Es muy frecuente, debido en gran parte a la falta de formación en este aspecto, que las parejas no tengan un comportamiento sexual satisfactorio. El hombre, mal educado desde su infancia, busca su placer personal; la mujer, externa e internamente reprimida, no experimenta satisfacción sexual, y muchas veces considera que el placer es sólo para el hombre, y que ella se degradaría, si lo buscara. Este comportamiento sexual lleva a una profunda insatisfacción, que trae consecuencias graves para la vida familiar.

Pero el punto básico, en la mayoría de los casos, es la falta de un **amor maduro**. El mal empieza con que en muchos ambientes nuestros los jóvenes no tienen chance de conocerse y tratarse con suficiente sinceridad y libertad. Muchos matrimonios, por ello, se realizan de modo forzado, sin suficiente amor, ni un estado razonable de madurez. Además, una vez pasados los primeros entusiasmos iniciales, en la mayoría de las veces, se da una falta total de pedagogía en la marcha gradual del crecimiento en el amor.

El tema básico de la educación del amor apenas entra dentro del ámbito de la fe, ni en la educación que dan los padres a los hijos. La mayoría de los matrimonios llamados cristianos no tienen ni idea de lo que dice la Biblia sobre temas familiares. No hay un cultivo de la fe en este aspecto.

Se podrían plantear otros muchos puntos de vista. Pero basta con insinuar éstos. Sólo pretendemos indicar la llaga con el dedo, sin siquiera tocarla. Nuestro fin es ayudar a curarla.

La crisis actual de la familia puede crear en nosotros una sensación de angustia e impotencia. Sin embargo, toda crisis puede ser vivida desde la fe como motivo de gracia y posibilidad de evangelización. Es una ocasión de renovación evangélica. Por eso intentamos realizar una lectura creyente de la realidad actual de la familia, a la luz del mensaje bíblico.

La familia es hoy quizás más frágil y vulnerable, pero en ello se nos ofrece una oportunidad mayor para que la fe pueda desarrollar su fuerza salvadora. Necesitamos crear una alternativa creyente a la familia actual.

La Biblia puede ayudar a iluminar y a solucionar, aunque sea en parte, tanta desorientación existente. Son muchas las personas que piden ayuda en esta materia. Porque, ciertamente, en muchos casos, hay muy buena voluntad.